

Moravia, el arte y la moral

Laura Pirretti Novikov

La obra de Alberto Moravia y su posición ante el problema moral, que nunca puede estar totalmente ausente de la obra literaria, es aquí enjuiciada con serenidad y objetividad por una compatriota del discutido autor italiano contemporáneo.

Alberto Moravia es considerado hoy día como uno de los más representativos narradores italianos. En el extranjero —y en la América Latina, especialmente— es mucho más conocido que tantos otros escritores tan dignos (de figurar como él entre la élite de las nuevas corrientes literarias de la Península, como por ejemplo Angelo Gatti, Riccardo Bacchelli, Giani Stuparich. La razón debe buscarse, más que en el valor particular o en la originalidad de su obra literaria, en ciertas oscuras exigencias del público que a veces valen por sí mismas para hundir en la indiferencia o hacer famoso un libro.

Alberto Moravia pertenece a aquel movimiento literario cuya paternidad corresponde a Massimo Bontempelli, que lo bautizó "realismo mágico" y que es una cosa muy diversa del "movimiento novecentista". En efecto, mientras el movimiento novecentista rechaza todos los

"vestigios del psicologismo, del esteticismo, del naturalismo y del gusto pequeño burgués" como inútil lastre del pasado, el realismo mágico no encuentra reparo en seguir las grandes tradiciones literarias del ochocientos, aunque "revistiera de sonrisas las cosas más dolorosas y de maravillas las cosas más comunes; haciendo del arte, en vez de un tedio, un milagro; en vez de la rutina de una práctica, un acto de magia..." Con estas normas que pueden también parecer un tanto vagas y construídas un poco en el aire, Bontempelli logró mantener en el revolucionario siglo veinte no pocos de los principios literarios y poéticos del siglo pasado; principios que, repetimos, otras tendencias más reaccionarias y extremistas (el novecentismo y el futurismo, por ejemplo) renegaban, sin más.

En suma: de la corriente realista del ochocientos se ha podido salvar el ansia de fijar la vida con conciencia y conoci-

miento, enriqueciéndola sin embargo de imaginación fantástica y artística, gracias a la cual la verdad del problema tratado resulta menos árida.

Al realismo mágico de Massimo Bontempelli se adhirieron —o solamente se acercaron— Umberto Fracchia, Corrado Alvaro, Ungaretti, Curzio Malaparte, Alberto Moravia, etc.; no estuvieron exentos de su influencia ni siquiera Giovanni Papini y Prezzolini.

Alberto Moravia surgió en el campo literario cuando tenía poco menos de veinte años. Una modesta casa editora (Alpes) imprimió su primera obra, **Los indiferentes**. El relato despertó interés y comentarios y tuvo gran éxito de venta. Hizo hablar mucho de él a favor y en contra, y sobre todo obtuvo una gran difusión. Interesó a los estudiosos y a los literatos por ser la primera obra de un joven y valeroso autor: circuló en los salones, donde era de obligación estar al corriente de las novedades artísticas, por buenas o malas que fuesen; fué leído por el grueso público, por ser fácilmente comprensible aún leyendo una de cinco páginas, y también porque su argumento parecía extraído directamente de un extracto de crónica transteverina.

No recordamos en sus detalles la trama de este primer libro de Alberto Moravia. Nos parece sin embargo que se desenvuelve en torno a una serie de amores lícitos y no lícitos (mucho, mucho más ilícitos) divididos entre madre, hija, hermano, amigos y amigas: amores intercomunicantes! Pero hasta aquí, poco de nuevo: las "pochades" francesas y los frutos del naturalismo inglés habían hecho conocer a todos los públicos, comprendido el italiano, mucho más.

La novedad consistía en cambio en la forma de exponer y presentar estas amoralidades e inmoralidades. Si el mismo

argumento hubiese sido tratado por un Maupassant o un Dostojevski, o aún por un d'Annunzio, se habría podido adivinar fácilmente entre líneas el juicio inexpressado por el autor: virtud y vicio son productos de la naturaleza, pero es deber del artista atribuirles fines ideológicos, de justicia que debe establecerse, de daños que han de ser reparados (naturalismo polémico de fines del ochocientos): o bien sólo una complacencia artística (naturalismo estético). En cambio, Moravia demuestra tener un solo objetivo: fijar el hecho, fotografiarlo, encuadrarlo en el tiempo y en el ambiente.

Mientras los veristas del siglo XIX predicaban un naturalismo integral sin lograr por ello realizarlo, ya que lo enmendaban con matices morales o con abundancia de manifestaciones artísticas, o con fines sociales, el Moravia de los 22 años lo aplica a la perfección en **Los indiferentes**, manteniéndose en una zona de observación, frío en su curiosidad natural, por no decir directamente animal. ¿Condena? ¿Admira? No sabríamos decirlo: el autor se muestra indiferente hacia sus personajes. Pero en el relato nada se le escapa. Para decirlo mejor, no se le escapa nada de todo cuanto posee la naturaleza en su aspecto negativo. En efecto, el joven escritor no tiende nunca hacia una naturaleza más clara y humana en que se sienta olor a mañana, a limpio, o a ropa recién enjuagada.

Comenta Francesco Flora en su **Historia de la Literatura italiana**: "El principal estímulo del relato de Moravia se diría reside en una animosidad respecto a la sociedad que simula una moral y hacia la moral misma que la sociedad se cree en la obligación de simular. Adhiere acremente, como por instinto, a la presencia natural o, si se quiere usar de una metáfora, a la sinceridad natural de los

acontecimientos; busca no una verdad moral, sino una lealtad de visión, como un ojo no acepta obstáculos. No la busca por una necesidad religiosa o social, o por la religión misma de la verdad contra lo falso, o porque a la moral simulada que lo ofende pueda él oponer una moral suya particular; sino por el gusto sutil de develar los engaños, por el puro ritmo de una partida a cartas descubiertas, y por una amarga si bien tácita protesta contra los desolados confines del vivir. Descubrir bajo las hipocresías del vivir el artificio de las mentiras, no aceptando que una cosa presuma darse por otra; he aquí su urgencia vital.

El revolver esa materia obscura que los hombres ocultaban constituye una atracción para su sensibilidad: por placer directo o por despecho, o tal vez por una cólera vindicativa de los daños con que se ofende a los hombres”.

Pone en relieve el mismo Flora: “El peligro de un arte originado en hechos crudos y discordantes es permanecer víctima de la materia y enfangarse...” y, con Flora, muchos otros críticos.

Alberto Moravia ha atesorado esta advertencia. Ha tentado asimismo seguirla dando a sus escritos, más de una vez, una dirección psicológica y casi moral. Así, por ejemplo, en algunas novelas de su segundo volumen: *I sogni del pigro*, y luego en *Agostino*, en *Le ambizioni*. Pero sus personajes, si ganaban en cuanto al sentido moral, perdían sin duda desde el punto de vista artístico, resultando a veces casi falsos, insinceros, fantoches. Perdiendo su desprejuiciamiento, perdían vida.

También de este peligro se ha dado cuenta Moravia. Y es precisamente de su tentativa de evitarlo y del ansia por perseguir esas cualidades que los críticos y escritores indicaban como faltando

en sus obras (es decir un aire de pureza y de lealtad espiritual) que deriva la ambigüedad de la naturaleza literaria del escritor italiano.

Por naturaleza, él tiende a la reproducción del vicio, del exceso, del desorden moral hasta el punto de lindar con el mal gusto y lo truculento; pero, al mismo tiempo, desearía dar a sus propios escritos un significado moral.

Ya a principios de nuestro siglo existía una orientación hacia dos tendencias literarias: aquella representada por el grupo de los moralistas clásicos y la otra representada por los moralistas románticos. Al primer grupo pertenecían aquellos escritores que observaban la vida y los hombres desde una cierta distancia, cortantes, epigramáticos, preocupados solamente de un diseño bien claro, pero sin color, decididos a producir una obra de arte aunque fuera falsa; del segundo grupo formaban parte aquellos literatos que vivían, sufrían, compartían la vida de sus personajes, dolidos de no poderla modificar y enderezar.

Es a este grupo que pertenece Moravia, quien saca partido solamente de una realidad evidente que se expande chata, opresiva y dolorosa, desde la primera hasta la última página del libro. Así en su primer libro —*Gli indifferenti*— así en uno de los últimos —*La romana*—. Pero de reconocer a Moravia como magistral reproductor de una realidad dolorosa y sentida, a presentarlo —y pretende hacerlo una buena parte de la crítica, sea italiana como extranjera— como un moralista, hay mucha diferencia. Dice Flora (y nosotros no compartimos el parecer) que la necesidad de escribir de Moravia tiene su fuente en la angustia. “Disgustado y desilusionado de la sociedad, demasiado prematuramente, Moravia lleva en sí, inconfesado, un angélico

rostro de utopista que teme construir su sueño en una sociedad donde el escepticismo y la fácil sonrisa, y el mismo propio adaptarse a supremas certidumbres cónicas, queman las orugas antes de que se conviertan en mariposas”.

El hábito del disgusto, una especie de alcoholismo de la visión, le crea esa necesidad de escarbar en una materia maligna y venenosa. Pero una vida en la cual la sociedad fuese libre como es libre el deseo está en el ángel Moravia. Si no fuese así, ¿cómo descubriríais en él irremediadamente esas eclosiones de cordialidad y no sé qué de espléndida adolescencia? Así la palabra le es implícita fe en la vida contra el repudio que se encuentra en la raíz de su amargo relato. El llegará a alimentar piedad por los hombres y las cosas que se esconden en lo íntimo de su palabra como un sello secreto!

Moralismo de Moravia. Moralismo *sui generis*, que parece asumir una sola responsabilidad: la de contar, de transmitir verdad y evidencia a los hechos.

Las situaciones que narra Moravia son verdaderas; pero son situaciones que la gente timorata, o aún sólo de buen gusto, refiere a media voz. Son cosas que suceden, pero que está convenido considerarlas como un poco inverosímiles. ¿Por insinceridad? ¿O por hipocresía? Si la insinceridad y la hipocresía resultan a veces una forma de higiene moral, bienvenidas sean aún ellas! Especialmente cuando tienen un fondo artístico.

La vida es dura, es cruel, es bestial; pero existe también la belleza, la bondad. No se puede ser más realista que la vida. Sin contar con que ciertos extremos son nocivos —y su historia es ya una historia vieja— aún a la literatura. Y también al arte de Alberto Moravia.

AVISO

Nos permitimos recordar a aquellos suscriptores cuya suscripción venció en diciembre la conveniencia de que la renueven cuanto antes, **directamente en esta Administración o mediante giro o cheque a orden de “Revista ESTUDIOS”.**

Como ya hemos comunicado en el número anterior, las nuevas tarifas del gremio gráfico nos obligan a aumentar la suscripción anual a \$ 130.

Asimismo reiteramos la advertencia de que **ningún agente** está autorizado a efectuar estas renovaciones y sólo se reconocerán los pagos hechos a esta Administración.